

**DESCRIPCION GEOGRAFICA NATURAL Y CURIOSA
DE LA PROVINCIA DE SONORA**

POR

**UN AMIGO DEL SERVICIO DE DIOS Y DEL REY
NUESTRO SEÑOR.**

AÑO DE 1764.

IV.

DE SUS RITOS, COSTUMBRES Y CEREMONIAS.

(Concluye)

Las borracheras no son entre estas naciones tan acostumbradas, como se sabe de otras; y entre los Opatas y Eudebes están ya del todo, por las diligencias y vigilancia de sus padres misioneros desterradas. Los Pimas, en particular los Altos; todavía las usan; porque con la ocasión de el alzamiento de 1751, y sin ningún castigo por entonces han logrado este y otros muchos de sus usos gentílicos a pesar y con increíble mortificación de sus padres misioneros, quienes oprimidos de el poder armado, más contra ellos, que contra los enemigos verdaderos de Dios del Rey y del Público, no podían ni osaban remediarlo. El vino o bebida con que se embriegan la hacen de maíz, de mezcal, de trigo, de tunas o higos de indias.

Pero como ya dije en otra parte la peor es la de el sauco por su duración de varios días. En semejantes juertas y con ventículo sueltan el freno a cuanto se les antoja, y entre tanto algún viejo se hace predicador sobre el asunto de sus hazañas antiguas, o verdaderos o fingidos; cuyo sermón suele durar toda una noche, hasta que de puro ronco pierde el aliento el panegirista del infierno que por lo común es el capitán de la guerra u otro valentón que presume de hechicero. A más de el sermón, para que la variedad disminuya el fastidio, no faltan bailes y cantares; pero tan tristes y melancólicos, como lo es el sermón. Y digo por experiencia, que en mi vida no he pasado más tristes noches de las que me he hallado precisado de oírlos, aunque no muy de cerca, unas tres o cuatro ocasiones, sin haberlo podido excusar. En el citado alzamiento se entablaron así

mismo los ya desterrados casamientos, que hasta en su idioma Maman: **Diabro Buhuturss**, que quiere decir por el demonio; y aun quitando los más poderosos a los desvalidos por fuerza, las que tenían legítimas por la iglesia.

Las ceremonias de sus gentílicas bodas no son todas para poderse escribir; apuntaré las más decentes y son: 1º juntos grandes y pequeños, ponen a los mocetones y mujeres casaderas en dos hileras, y dada una señal emprenden a correr éstas; dada otra siguen la carrera aquéllas y alcanzándolas, ha de coger cada uno la suya de la tetilla izquierda; y quedan hechos y confirmados los desposorios. Acabado este preámbulo, se ponen a bailar y según me acuerdo haber oído, los novios y novias en traje de la primera inocencia. A su tiempo, como ya tienen para cada par de novios prevenidos dos petates o esteras de palma, sin más ceremonia que la dicha los meten entre sus dos esteras a cada par, y los demás prosiguen a festejarlos con sus danzas y cantares hasta que amanece o se cansan, aunque sólo en esto son incansables. Semejantes funciones las hacen en los bosques, no muy retirados de los pueblos. Tales cosas se mantienen más aun entre los indios de las cuadrillas de sirvientes de los españoles como lo podría hacer constar con ejemplos muy recientes de los de Pivipa, de Jamaica, del Valle de Tacupeto y del Real del Mortero, poco antes de despoblarse, que yo vi, y los cogí bailando en el monte y lejitos.

A los niños recién nacidos sin diferencia de el sexo, hacen una bien dolorosa circuncisión, picándoles con unas espinas inmediatamente sobre párpados con una línea de puntos arqueada que da vuelta por debajo del ojo de la propia manera, como arriba y hecho ya el dicho dibujo, llenan las heridas de color negro no sé de qué, aunque me hago el juicio ser algún género de carbón muy molido; estas pintas las tienen los Pimas por de mucho realce de su hermosura, y ni la quieren omitir, por más que sus padres misioneros hagan las diligencias, que les son posibles; pa-

ra desterrar una costumbre tan bárbara de sus hijos espirituales; ni queda en sólo esto, sino conforme que van creciendo así muchachos como niñas, tienen que sufrir más y más tales circuncisiones en varias partes de sus miserables cuerpos; y vieja he visto en la Pimería Alta, que a modo de infinitas sartas de cuentas, tenía pintado todo su cuerpo hasta la cintura desde la garganta con un laberinto de semejantes dibujos, etc.

Otra ceremonia, aunque no dolorosa para los pobres inocenticos es la de el Peri, y consiste en convidar los padres del niño (si es niña hacen lo mismo las mujeres proportione servata, u ofrecerse de su voluntad alguno de sus parientes hacerlo: entonces habla al niño como si fuera hombre, diciéndole, que ha de ser esforzado, y valiente guerrero, y para esto le va tentando por todo el cuerpecito, estirándole los brazos y las piernas, y por fin le honra con darle su apellido, que es por lo común un nombre, bien que de su propio idioma, pero ya no usual, sino sólo para apellidos, que ni ellos ya saben, lo que significan; y con todo no hay forma de persuadirles que los tomen de sus padres. Con esta ceremonia queda el niño Peri uno mismo con el convidado, y ésta según su cholla queda en el mismo grado de parentesco con todos los parientes del niño, como el mismo niño, y éste de la misma manera queda con los parientes del que lo hizo Peri. Es menester tener cuidado y deslindar, de donde proviene el parentesco, cuando contraen matrimonio, para no confundirse; porque si es parentesco que proviene del Peri, no hay en que tropezar, pues semejante parentesco no parece más que un género de amistad, que contraen entre sí; y aún por eso lo suelen hacer los que entre sí están sentidos para quitarse el enojo.

Al enterrar a sus difuntos todas estas naciones, a excepción de los Apaches, en su gentilidad, y aun recién convertido, solían enterrar con ellos todo su ajuar y vestuario, con su pinole, olla de agua, etc., y para que no lo

hagan los Pimas, mayormente los Altos, es necesario que el padre misionero no se aparte de la sepultura, hasta que ya quede bien cerrada, tanta es su piedad con sus muertos. Pero los Apaches no se afanan, muera quien muera, hay se queda, donde cayó muerto en el campo, más que se lo coman las fieras, como sea en su tierra, o en las serranías: sólo a los que mueren en los reencuentros que tienen con los cristianos, procuran a todo trance retirar y esconderlos, aunque sea menester hacerlos cuartos, para mejor llevarlos a encubrir. A los niños y niñas de pecho les llevan en una jícara la leche ordeñada de sus pechos las mismas madres, y se les echan en la sepultura; y esto lo hacen por algunos días continuos.

V.

DE SUS USANZAS Y CEREMONIAS, TOCANTES A SUS GUERRAS.

Entre los Opatas, (y me persuado será casi lo mismo en las demás naciones) para ser uno soldado, es preciso que el mocetón que quiere entrar en el número de los hombres, halla salido ya algunas veces a seguir a los enemigos y a escoltar por tierra de riesgo; y habiendo cumplido este corto noviciado militar, a la hora que se le antoje al capitán de la guerra del pueblo de donde es natural el pretendiente, junta a los hombres de él, lo que hacen comunamente andando fuera y avisándolos de la función que quiere emprender, sólo uno ha de ser padrino del nuevo caballero, éste, parándose a espaldas de su ahijado, le pone sus manos en sus hombros; y así estando todos en pie, y con sus armas (que son arco y flechas y algunos también llevan armas de éstas, una lanza ligera y tal cual tiene su adarga) empieza el capitán con una plática bien larga, a imponer al futuro soldado en las obligaciones de el estado que toma; y suelen reducirse a que piense que

ya en adelante ha de ser hombre que sepa sufrir frío y calor, hambre, y sed, tener corazón grande para no temer a los enemigos, sino mirarlos como a hormigas y matarlos cuando se ofrezca el lance con brio y denuedo.

Acabado el sermón, saca de su carcaj un pie de águila seco y duro, con este instrumento empieza, para experimentar el valor de su nuevo guerrero a arañarlos desde los hombros por los brazos abajo, no derecho sino como ondulando, hasta las muñecas y ha de ser de modo que salga la sangre; después de los brazos le hace la tentativa, asimismo sobre el pecho y finalmente en los muslos y piernas; lo que todo ha de aguantar el candidato, sin queja ni ayes; pero si no es muy valiente de propia inclinación no se le veda el asomo de la tal lagrimita, y aunque se le venga por la mejilla abajo, no impide el efecto de armarlo el capitán de su mano poniéndole el arco y carcaj con las flechas en la mano; y los demás testigos con el padrino le regalan cada uno un par de flechas y lo reciben con esto por compañero.

Pero no se acaba aquí todavía el noviciado del nuevo maite, porque hasta que entre otro más novicio en este gremio, lleva lo peor en todas las expediciones, como es, velar toda la noche sobre la cabalada, y no acercarse a la lumbre, por fría que sea la noche y si los otros advierten que esto lo lleva pesadamente le añaden la burla de echarle agua y bañarlo de pies a cabeza, y con esto dicen ellos, se hacen los hombres al trabajo. Y bien lo han menester porque ofreciéndose salir en seguimiento, a espiar a los Apaches, aunque llueva o nieve y haga la borrasca que hiciere sintiendo estar cerca el enemigo, no encienden lumbre, aun de noche, para cautelar su cercanía, y poderio sobrecoger de repente que en esto consiste sus estratagemas y se logran los mejores lances; porque teniendo la oportunidad de descubrir o al anoecer o durante la noche al enemigo, se le acercan lo más que pueden sin ser sentidos y aguardando sin toser, ni chistar a cierta se-

ñal llegada el alba arremeten todos a un tiempo y como cogen al enemigo de sobresalto, raro de ellos logra coger sus armas y todos tiran no más que a salvar la vida, dejando el robo, cautivos y su ajuar en manos de los victores con tal cual muerto: a éstos luego les quitan la cabellera, y ahí mismo en el campo de la batalla se ponen a bailarla, hasta que cansados piensan en volverse triunfando.

Y es ciertamente lo que aprovecha únicamente a los enemigos: porque si dejada como fuera razón, esta locura gentil, siguieron con tesón, y cordura la victoria, pudieran cada tal vez destruir la porción de enemigos, que ya los más sin armas solamente tiran a salvar la vida.

Cuando se ofrece salir a alguna expedición más despacio, como es cuando son llamados para campañas a tierras de los enemigos se disponen con más pausadas prevenciones y dejados otras aparte los últimos ocho días se los toman, aunque lo pudieran hacer mucho antes para aderezar sus armas y la víspera de la salida ya bien tarde, para que todo se haga sin tiempo, piden a su padre misionero lo que se les antoja, que han menester, uno alguna cabalgadura, otra una fresada, otro otra cosa, y cerrada la noche los llaman a la casa de comunidad (sino es que el padre misionero esté en el pueblo de donde han de salir) a todos los que han de ir a campaña y en lugar de el descanso que debieran tomar para salir con las fuerzas enteras hace el capitán un sermón que dura hasta que amanece, y se hace tiempo de ponerse en camino para el lugar, donde se han de juntar con los de los otros pueblos o soldados y si han de pasar por otros pueblos, asisten en cada uno a la misma función, y dicen con gran satisfacción que con estas trasnochadas se hacen a velar, y estar despiertos en cualquier acontecimiento nocturno, siendo propiamente disposición para lo contrario. Esto es lo que tengo observado entre los Opatas, y me parece es lo propio entre los Eudebes, o Hiaquis, como otros los llaman.

Los Pimas tengo especie que deben de hacer estas ceremonias prevencionales, fuera de sus pueblos a sus solas; pues en los pueblos no he visto cosa de estas.

Si les va bien en la campaña, de los enemigos que matan traen sus cabelleras, que aprecian más que otro botín, y los cautivos niños y mujeres que llegando a sus pueblos, bailan, día y noche que da lástima ver el estropeo que causan con esta locura en sí propios y más en los cautivos que de esta manera llevan en triunfo y he visto morir antes del alzamiento de los Pimas en el Saric una preciosa niña Apache, a mi entender de sólo cansancio y desvelo, que la habían dado por muchos días los Pimas con su capitán Luis, y que habían cogídola en una de sus moriscadas los de el Xila, y se la habían enviado a dicho Luis, aunque tuve el consuelo de bautizarla primero aunque ya moribunda. En algunos pueblos aun de Opatas, siendo éstos según todos los más allegados a la razón entre los demás indios he sabido usarse al salir las viejas de sus casas con tizones ardientes y quemar a los pobres cautivos en varias partes de sus cuerpos, mayormente en los muslos con harta crueldad y he visto las señales en un muchachito bien tierno y tales, que no se le quitarán en toda su vida. Lo que hagan, así en ida como en vuelta, hasta llegar a los pueblos, sabrán los señores capitanes y sus subalternos.

Hay varios modos de recibir a los que vuelven de campaña en sus pueblos; cuando no han conseguido ventaja alguna aguardan la noche para entrar sin ser sentidos, con mucho silencio. Pero logrado cualquier lance, mayormente trayendo alguna cabellera, o otro despojo, procuran llegar de día enviando por delante aviso de su feliz llegada; y entonces se arma alguna vieja y sale (en compañía de otras mujeres, y empunta la mujer del capitán) a encontrarlos cerca de el pueblo, con arcos y flechas, y aquí empieza la fiesta, después de haberse saludado mutuamen-

mente, desde alguna distancia y dándoles la maestra de ceremonias, la bienvenida, y los parabienes de haber pisado la tierra de los enemigos, y volver victoriosos, castigada la insolencia de sus enemigos, arrebatada dicha vieja la cabellera que ostentan por triunfo y empieza a bailar con ella, diciéndola mil denuestos, de que tienen compuestos sus cantares para tales funciones. Dícenla con mucha ponderación, ella y sus compañeras, cantando sin son, ni ton: las miserias, trabajos, etc., que pasan estos enemigos cuando vienen a robar y matar por acá y que la causa de todas sus desdichas es su flojera y dejamiento que si sembraran como aquí lo hacen y no anduvieran haciendo tanto daño, no los mataran, etc.; y entretanto se las quitan unas a las otras de las manos, echándola ya ceniza, ya agua caliente, ya la pisan, etc.

Entretanto que se celebra esta fiesta, llegan a sus casas el capitán y soldados, y antes de entrar, colgadas sus armas delante de la puerta (son en estas funciones comunmente sólo mirones) del pillaje, sea ropa, ajuar de casa o camisa no se aprovechan los que son soldados, sino lo reparten entre los viejos que ya no salen contra el enemigo y viejas. Porque tienen creído, que usando ellos de tales cosas, los han de matar los Apaches. Pero ya empiezan a no ser tan escrupulosos en esta vana creencia; pues ya se valen aun de las armas que les quitan.

Otros todavía más silvestres entre Opatas y Eudebes, suelen traer alguna mano cortada al enemigo muerto, haciendo con ella lo propio, que con la cabellera, y además antes batían con ella su pinole, de que bebía toda la rueda de danzantes y no danzantes; y aun solían convidar a los españoles con dicha bebida. Pero parece que han caído en la cuenta, ser cosa de bárbaros usar cosa tan asquerosa, aunque sea, como lo dicen, ser todo lo dicho en demostración de venganza de sus tan crueles enemigos; y así ya son raros los que usan; y aunque a poca costa dejan del todo dicho baile, cantares y ceremonias, si su padre misio-

nero les dice, que les estimará a sus hijos que como cristianos ya viejos omitan cosa que heredaron de sus antepasados gentiles. Y basta de sus locas impertinencias, digamos algo, cómo se curan sus heridas.

VI.

COMO CURAN SUS HERIDAS.

A más de lo dicho en los capítulos antecedentes de las curas que hacen los indios en sus enfermedades, veamos ahora cómo curan sus heridas.

A los heridos de flecha: 1º las chupan y después les meten Peyote, Pejori en Opata, hecho polvo, hasta llenar la herida lo dejan así dos días, al cabo de ellos la limpian con algodón, amarrado en un palito y echan de nuevo; así hacen de dos en dos días, tres curas y después echan la raíz de lechuguilla, llamada en Opata Cu, también echa polvo y con esta se acaba la cura y se cierra la llaga, después de bien purgada con solos dichos polvos sin mecha alguna.

De las pencas del Maguey, Mezcal, Lechuguilla y la Palma que da el dátil, y asimismo del Echo, Tepo en Opata, sacan unos bálsamos en la forma que se dijo arriba del romerillo y con dichos bálsamos untada y empapada las mechas que han de estar hechas a la medida de la herida y entrar apretadamente hasta el fondo de la herida, se curan segura y perfectamente todas las heridas, que no penetran hasta la caja del cuerpo, renovándolas cada día una vez y como a los heridos de flecha les atormenta, no menos las sed, que el dolor de sus heridas y el beber agua en mucha cantidad, les es sumamente nocivo, ofrece la misma tierra un bello refrigerio a éste tormento en el arriba citado Echo o Tasajo, como lo llaman otros y también

chollas, y los Opatas Tepo. Se le quitan sus púas, de que está armado, como se dijo del Pitahayo y la corteza áspera y verde, mascando lo más tierno de su vástago, que rinde suficiente jugo, para apagar la sed; y aun si fuere menester a causa de hallarse el doliente en despoblado sin socorro, la hambre, pues, etc., aunque silvestre, es como dicen, para buena hambre, no muy mala comida. Para apagar la sed ha proveído el autor de la naturaleza un bello remedio en las raíces de el árbol llamado Pochote de los españoles, de los Opatas Sabo; ésta mascada, luego llena la boca de agua, y de esto hay otras varias calidades.

CAPITULO VI.

DE LOS INDIOS EN PARTICULAR.

I.

DE LOS OPATAS, EUDEBES Y JOVAS.

Los Opatas, y algunos de los Eudebes, aunque algún grado menos, respecto de los demás indios, son como la gente de las villas respecto de los aldeanos; pues aunque siempre quedan indios, con ellos finalmente prevalece la razón; y así son entre los demás, los mejores cristianos, los más leales vasallos al Rey Nuestro Señor, contra quien, y sus ministros nunca se han sublevado; son los más aplicados al trabajo y cultivo de sus tierras y cría de ganado; son los mejores y más animosos para la guerra y han mostrado muchas veces su valor, así auxiliando las armas reales, como solos en varias campañas a costa de sus misiones.

Sus siembras consisten en trigo, maíz, frijol, calabazas, sandías, melones, etc., de que hacen muy buenas cosechas, pero como no estiman su trabajo, lo malbaratan a toda prisa, por cualquier cosa que se les ofrezca, por sus

frutos: pues son tan amigos de cambiar, que no teniendo ellos lo que les piden sus correspondientes, o Noraguas se lo piden con disimulo, y pretexto de alguna otra necesidad a su padre misionero, para quedar corrientes en su trato, y siempre con menos en el trabajo de siembras y cultivo de la tierra aunque concurren las mujeres con los hombres, no hay la variedad que se estila entre los indios de otras provincias y aquí entre los Apaches, y Pimas Altos. que las mujeres lleven el peso de el trabajo; porque entre éstos se deja para las mujeres lo más llevadero; y luego que alguna está en cinta ya no sale a trabajo que la pueda perjudicar, sino se aplican a guisar su pozole, para que los que trabajan a hacer esquite o tostar maíz para pinole, a hilar algodón y tejer. Pues también a las mujeres Opatas ha tocado su ración de aquel don, que la vulgata llama inteligencia de el gallo. Job. 38. V. 36., y los septuaginta trasladan: *Quis dedit mulieribus texturæ sapientiam, aut variegativam scientiam?* del cual se precian y se complacen mucho y tienen razón de hacerlo, pues que los Pimas Altos, que hacen trabajar a sus mujeres en el campo para hilar y tejer ellos, pues es oficio mujeril y de la forma, y con los instrumentos con que tejen, éstas no lo haría mejor la más hábil tejedora de el mundo. Tejen pues con bastante curiosidad y de diferentes maneras, su hilado ha imitado en parte la labor, aunque no lo fino de las tablas de los manteles y servilletas de Alemania, que por dicha tal cual semejanza se llaman alemanisees; como asimismo imitan las terlingas y cuanto vieren, como se les de licencia de tejerlo, lo remedarán sin falta.

Pero veamos la maniobra que es esta: 1ª hincan cuatro estacas a proporción de el largo y ancho que ha de tener el tejido más o menos distante una de la otra; a cada dos de ellas que designan el ancho, amarran una vara algo más larga y lisa, como media vara de la tierra; hecho esto, empiezan la urdidura dos mujeres, poniéndose enfrente una de la otra, entre las dos estacas, en que es-

tán amarradas dichas varas y con un ovillo de hilo la disponen dando vueltas en estas varas y pasa el ovillo de una la otra las veces que es menester para el número de hilos que ha de tener la urdidura; la que acabada, se pone la tejedora delante el ejemplar que quiere remendar y entrecoge por medio de unos hilos dobles los hilos contados conforme, que lo ve en su ejemplar y de dichos hilos dobles afianzados en unas varitas parejas, sale cierto género de lisos por cuyo medio pueden alzar la división de los hilos que quieren.

Y para afianzar más dichas divisiones meten en cada una un palo ancho, bien liso a modo de hoja de espada, dos, tres o más, conforme ha de ser más o menos curioso de tejido. Dichos palos anchos parados sobre los hilos, sirven con los lisos a hacer lugar a la trama, y después de metida ésta por medio de una varita delgada que tiene enredada la trama y sirve como a los tejedores la lanzadera, la aprietan con un palito duro y con punta por los dos lados; y así prosiguen hasta acabar su labor.

Pero aunque esto como se ha visto, va tan despacio y con harta incomodidad, no quieren acomodarse a telares en que ahorrarán tiempo, paciencia y trabajo, pues no gustan los indios generalmente de tal ahorro, cuando éste haya de conseguirse por medios que ellos no han practicado. Lo propio sucede en todas las demás maniobras de ellos, como en el modo de cultivar la tierra, voltear y limpiarla, sembrar y cosechar, pudiendo con una vuelta dejar hecha mejor la cosa, de lo que a su modo la hacen, con cinco o seis viajes: pero no hay que lidiar con ellos en ésta para sacarlos de su paso, paciencia, tienen para cansar antes a todo el mundo.

En esto son más dóciles los Pimas recién convertidos que los Opatas; pues éstos están muy persuadidos de que no tienen que aprender más de lo que saben, aunque tan ratera y toscamente; pero aquellos porque ven y conocen

lo poco que saben para bien y utilidad, se prestan más dóciles y voluntarios a la enseñanza supongo que esto se halla en todos los indios recién convertidos o bajados a pueblo; porque como dijo uno de ellos ya cristiano viejo reconvenido de su padre misionero que porque los de su pueblo no tenían escardada la milpa; siendo así que los de la ranchería perteneciente a la misión la tenían muy bien compuesta? respondió: que ellos ya tenían abiertos los ojos y los de la ranchería cerrados todavía que en abriéndolos serían como ellos.

Lo dicho es lo que se halla en los indios de Sonora regularmente y tiene sus excepciones en tal cual, que se aplican así a tañer instrumentos con bastante habilidad; como a aprender varios oficios mecánicos, como son los de sastre, carpintero, herrero, cantero, hasta de albañil; y conozco varios Opatas y Eudebes, que los saben todos juntos y otros más hasta nueve. Y un molino que hizo el Padre José Roldán en Arivechi, y otro Don Juan Terán en Pivipa y otro el Padre Javier Vallarroya en Banamichi, los han hecho indios Opatas; pero de éstos hay bien pocos, y no lo aprenden como otros tomando lecciones y guiándose por las reglas del arte, sino el que una vez se aficiona de un oficio, no ha menester más instrucción, que el verlo hacer una o dos veces y sale fijamente con su intento; de suerte que solemos decir que tienen el entendimiento en los ojos, y el discurso en las manos.

Lo propio punto menos se ofrece, que decir de los demás Eudebes, por no repetir casi lo mismo que llevamos dicho de los Opatas con sola la diferencia que todavía tienen más que éstos que desbatar de sus costumbres y usos antiguos.

Más zafios y agrestes son los Jovas, especialmente la mayor porción de su casta, que no quiere reducirse a vivir en pueblos; fuera de los que están en Ponida Teopari y Mochopa; sino tiran a vivir en las barrancas de la sierra

donde nacieron; ni cede su terquedad a diligencias que se hagan con ellos; ni se enamoran con el buen trato, comodidades y conveniencias, que se le procuren, para conservarlos aun después de traídos y congregados en pueblos, como le ha sucedido al Padre Manuel Aguirre misionero en la misión de San Luis Gonzaga de Bacadequatzí con los de la ranchería de Satechi y los de las márgenes del río de los mulatos, y del de Aros, que moran entre breñas y maleza manteniéndose con raíces, hierbas y frutas silvestres, consistiendo sus siembras sólo en tal cual mata de maíz y algunas calabazas y sandías donde lo consienten las angosturas en que dichos ríos rompen por aquella sierra.

Su tal cual ejercicio es hacer esteras Hipet en Opata de las muchas y buenas palmas, de que abundan en terreno y llevarlas a vender a los pueblos circunvecinos por semillas y alguna ropa, que con poca se contenta; pues por lo común la fresada, que las mujeres mismas se ingenian a tejer a su modo de la lana de unas pocas de ovejas que crían, al hombre sirve de capa, jubón y calzones; y a la mujer de manto, tapa pies, camisa y corpiño. Lo bueno que tienen es no ser perjudiciales ni hacer daño en las vidas y haciendas de los reducidos. Sólo con los apaches son bravos y valientes; y hubo uno, que el año de 1760 sobrecogido con su mujer y tres hijitos se batió con siete apaches, desde salir el sol hasta bien tarde, matando los cuatro de ellos y sólo por faltarle al fin las fuerzas pues se hallaba en ayunas, hubo de morir a manos de los tres restantes apaches, como también su mujer y tres hijitos; llamábase Salvador el indio.

La ponzoña con que tocan la punta de sus flechas es tan mortal que mata al herido con ella y al que lo cura; si como comunmente hacen todos los indios, el curandero chupa la herida. De esta manera murieron años pasados 5 o 6 apaches, que después de pelear con dos o tres Jovas y llevarse una mujer cautiva porque tres habían salido

heridos y como los otros curaban a éstos de todo se apoderó el veneno y los mató; y con esto se volvió libre la cautiva, y se supo lo acaecido. Plegué a Dios se halle algún medio para sacar a estos miserables de sus barrancas a tierras donde puedan ser administrados y mejor instruidos en Nuestra Santa Fe, para lo cual en sus tierras no hay lugar a propósito ni tierras que cultivar, y reducirlos a vida humana y política.

Los indios que constituyen estas tres naciones, pueblan la mayor parte de la Sonora, desde muy dentro de la sierra, son sus términos hacia el sur desde este que pusimos por linderos al oriente, por el desierto pueblo de Natora, Aribetzi, Bacanora, Tonitzi, Seyopa, Nacori, Alamos, parte de Ures, Nacamari, Opodepe, Cucurpe hacia el poniente; desde aquí Arispe, Chinapa, Bacoatzí, Cuquiaratzí, hasta Babispe hacia el norte; y desde esta misión la poco ya citada sierra hasta Natora los que la terminan hacia el oriente.

II.

DE LOS PIMAS ALTOS Y BAJOS.

La de los Pimas en sí es una nación muy crecida, que no comprendemos por entero en esta descripción por hallarse varias misiones fuera de los límites de ella, de la propia nación y lengua como son la de Yecora en la Provincia de Chinipas, otras en la Tarahumara, y otra cerca de la Villa de Sinaloa, por nombre si bien me acuerdo, Guasave los que tengo especie de haber leído en la historia de Sinaloa, que escribió el Padre Andrés Rivas (que cité al principio de esta obra, y no la he podido conseguir hasta ahora) que por el fervor con que deseaban ser cristianos dejaron su naturaleza y se transmigraron desde la Pime-

ría Baja al dicho pueblo, donde ya había padres para ser instruidos en la fe y bautizados.

Empezaremos por los Pimas Bajos, cuyos términos son más conocidos, que los de los Altos; pero será necesario nombrar casi todos sus pueblos, para no dejar al benévolo lector en duda de quienes son o no son Pimas. Digo pues que los pueblos de Pimas Bajos son como mojoneros de esta Provincia, pues desde Teraitzi, hasta Cumuripa, Onapa, Nuri, Movas y Onabas, lo son hacia el sur; de Cumuripa, Suaqui, San José de Pimas, Santa Rosalía, Ures y Nacameri hacia el poniente, son la frontera contra los Seris, y en dichos pueblos consiste la Pimería Baja, casi toda; sus naturales, aunque son los primeros cristianos, que se hicieron en esta Provincia, tienen todavía mucho de malezas, que desarraigar y lo malo es, que les falta docilidad, para el remedio, que necesitan; pues a excepción de los Onabas, Movas, etc., que entre éstos también no necesitan de escarda ya se han mostrado en varias ocasiones poco firmes en la lealtad. Los Pimas Altos ocupan todo el terreno que hay desde Cucurpe por Santa Ana Caborca hasta la mar de oriente a poniente y sur norte, todo lo que desde dicha misión tirando por Dolores, Remedios, Cocospera, el presidio de Terrenate y desde éste siguiendo el Río de San Pedro o de los Subaipuris hasta su junta con el Río Xñla y por ambas orillas de éste hasta el Colorado, entre la mar o seno de Californias se encierra y tendrá de extensión Norueste a sudueste cerca de 130 leguas y de oriente a poniente en partes 60 en partes menos o más hasta 130 leguas.

Verdad es que en todo este vasto espacio hay mucho despoblado como son casi todas las marismas y aun la mayor parte de ellas incapaz de poblarse por la gran escasez de agua y esterilidad de la tierra, porque todo el largo trecho, que hay desde Caborca hasta cerca de la boca del Río Colorado, que pasa de 80 leguas, son casi puros médanos, y páramos, tan escasos de agua que apenas se

halla por toda la costa para poderla registrar, caminando y aun para esto falta de el todo las últimas 30 leguas antes de llegar a dicha boca.

La única misión que se erigió el año de 1751 por mayo en San Miguel de Sonoitac a cerca de 50 leguas al mar oeste de Caborca, aun ella sola padecía escasez de agua y así no hay donde congregar a los Papagos o Papapootam, que así se llaman los Pimas que viven en aquellos páramos de semillas de zacate, hierba y frutas silvestres y un de conejos; y ratones por este motivo sino al Tucson a Santa Catarina al Baigatz, etc., hasta el Río Xila, y de esta manera se abriera camino fácil de ir ganando cada año terreno para convertir al más y extender con la fe los dominios del Rey Nuestro Señor.

Son cuatro parcialidades las de los puros Pimas Altos, una hacen los reducidos a pueblos; otra los dichos Papagos, la tercera los Sobaipuris, y la cuarta los que viven en el Río Xila. Los Opas, Comaricopas, Hudcoadan, Yumas, Cuhuanas, Quiquimas, y otros más allá de el Río Colorado, se pueden también llamar Pimas y contar por otras tantas tribus de esta nación; pues la lengua de que usan es una misma con sola la diferencia de el dialecto.

Esta nación, como es la más nueva en la fe, y tiene comercio con los gentiles de su misma nación; es también la más inestable, más agreste, terca y apegada a sus abusos, supersticiones borracheras, bailes indecentes, y la menos leal de todas; y aun la más cruel; porque otra de las que pueblan a Sonora ha muerto a tanto inocente ni a Padre ministro alguno, como éstos, en varias ocasiones que se han sublevado ya llevan cruelmente muertos tres padres de la Compañía de Jesús, todos insignes y fervorosos operarios de aquella inculta viña de el Señor.

En el valor son todos los Pimas muy inferiores a los Opatas; pues sólo su número suele a veces infundirles

osadía y atrevimiento, lo que se ha visto claramente en su último y varias veces citado alzamiento de 1751 cuando primero sólo defendieron diez hombres y de éstos la mitad sin saber manejar las armas con acierto, de todo su gran número y porfiada rabia consiguieron beberles la sangre y a los Padre Jacobo Sedelmayr y el Padre Rector Juan Nenentuig, asaltaron por dos días la casa del misionero de Tubutama hasta dejarla con su nueva y bien alajada iglesia, reducida en cenizas; quedaron con la muerte de unos pocos de ellos tan amedrentados, que después de el último choque que duró el segundo día hasta la noche, no volvieron en algunos días y con esto dieron lugar de salir a salvamento los sitiados a excepción de los tres que ahí murieron a manos de los rebeldes.

2º—Cuando solos diez hombres entre los cuales se hallaba Don Gabriel de Vildosola, ahora capitán del presidio de Fronteras, entraron ajenos de meterse tan inmediatos de su rochela hasta Arivaca, para poner en cobro algunos bienes de campo que tenían ahí; se hallaron de repente con una tropa de cerca de 200 alzados; y con todo salieron todos no sólo vivos, sino sin lesión de sus manos, retirándose con buen orden y haciéndoles frente cuando empezaban a se rosados.

3º—Cuando ya juntos todos los alzados de Babuquiburi, que es un cerro tras de Arivaca, entró al mismo lugar el capitán Don Bernardo de Urrea, entonces teniente político de la Pimería con 80 hombres a requerirlos con la paz, en nombre de el gobernador Don Diego Ortiz Parrilla; pero con expresa apretada orden de detenerse sobre la defensiva, se le echó encima toda la gran multitud de Pimas, que se había congregado de todas partes y serían de 5,000 a 6,000 indios con tiempo, y despacio prevenidos a la guerra; a no haberse visto dicho capitán con las manos atadas, pudiera e nun par de horas haber acabado aquel alzamiento y traído desde allí a los vencidos con sus mujeres e hijos arreándolos como manadas de

ovejas para sus pueblos; pues aun guardadas escrupulosamente las órdenes dichas, como naturalmente hubieron de caer y no muy pocos de los furiosos agresores Pimas: esto al ver que de tanta superioridad de número, no les había valido para almorsarse a los españoles como su capitán general Luis se los había prometido, no se reputaron por seguros en dicha su rochela, y se retiraron mucho más la tierra adentro.

Sus armas son, a más de arcos y flechas, una macana, como clava o porra de que se valen en llegando a las manos con sus enemigos. Estas son de un palo muy duro y pesado, como de un golpe rompen la cabeza a quien llegan a darle, y éste fué el instrumento con que dieron la muerte al Padre Tomás Tello en Caborca. Los más agueridos entre todos los Pimas, son los que llamamos comunmente Sobahipuris, por haber nacido y criádose en la frontera de los apaches; pero ya cansados de vivir en guerra continua han abandonado el año de 1762, su ameno y fértil valle retirándose unos a Santa María Soanca, otros a San Javier del Bac, y Tucson l otros a el pueblo de visita de Guevavi llamado Sonoitac, dejando al enemigo entrada franca para toda la pimería Alta. Ei no fuera por los Apaches en dicho valle de los Sobahipuris; se hubieran podido formar dos o tres misiones seguidas hasta darse la mano con las rancherías de Xila, que por otra parte ninguna era tan fácil abrir la comunicación con ella, como por ésta y por otra parte ya insinuamos que con los Papagos había para poblar, el otro lado de San Javier de Bac adelante hasta Xila, pues estos Papagos no tienen otros puestos donde puedan ser reducidos a pueblos doctrinados; y mientras no lo sean nunca estará segura la Pimería Alta; porque éstos fueron los en el último alzamiento los baledores de su cabecilla Luis y la tropa que ya tenía prevenida el día 20 de noviembre para el lance y acampada media legua tres del Saric en una cañada lo que tengo por testigo de vista tan abonado que a no haberlo creído me costará la vida. Y esto baste de

los Pimas porque si se había de escribir todo lo que se ofrece era menester ensangrentar la pluma lo que es mi deseo evitar, en cuanto se puede, sin faltar a la verdad y sencillez de mi corto ingenio.

III.

DE LOS SERIS Y SUS CONFEDERADOS

Esta nación es, a excepción de los Guaimas (de los cuales ya se insinuó arriba lo que basta) la más corta entre las de esta Provincia, pero también la más cruel, e indómita de todas. De que es corta, se echa de ver en que al reducirse a pueblos, no se pudo formar más que una misión de ellos que era la de Nuestra Señora del Populo; y oí decir al Padre Nicolás de Perera que fué misionero que más tiempo supo aguantar sus insolencias, que no pasarían de 300 hombres los que su Reverencia vió cuando todos se habían juntado no sé en qué paraje, siempre han sido indóciles y rebeldes a la ley de Dios, aun los que de ellos se redujeron al Populo, Nacamari y Angeles que fué la menor porción de la nación; y aun éstos pocos por tener diaria comunicación e inteligencia con sus parientes gentiles; iban como de quien nadie se recelaba a expirar a las otras poblaciones lo que necesitaba saber para sus intentos cuya noticia comunicada luego con los cimarrones, los hacía lograr el hecho pensado sin saberse de qué fuente manaba tanto acierto, y aunque se sospechaba muchas veces de que los de el Populo eran tales agresores, éstos luego se purgaban de tal delito, con hacer constar que a tal hora, que sucedió el estrago se hallaban o en el pueblo o en tal y tal parte produciendo testigo de gran vista, etc.

Pero sin embargo no se habían hecho todavía tan inde 741 o principios de 742, después de previas juntas de

guerra, y hacienda por despacho del Excelentísimo Señor Virrey Conde de Luenclara, el Real Presidio del Pitic (la propia época tiene de Terrenate) el cual después en tiempo del Pesquisidor Don José Rafael Gallardo, se transfirió a las tierras de el Populo con la advocación de San Miguel el año de 1748, situado a cosa de legua y media de dicho pueblo de los Seris: y no se puede negar el que en alguna manera esto y el repartimiento de sus tierra entre los vecinos de dicho presidio, acabase de indisponerlos y enconarlos para ejecutar los destrozos que luego se experimentaron.

Pero sin embargo no se habían hecho todavía tan intratables como son el día de hoy. Se volvieron a juntar otra vez al Populo con el seguro que se les dió de la devolución de sus tierras, unas 80 familias y había esperanzas que harían la propio las restantes; más éstas se perdieron enteramente con la prisión impensada de los reducidos a dicho pueblo el año de 750. Los que aunque sin mujeres que se habían enviado por otras partes; y ha sido después el mayor embarazo a su reducción: como tuvieron lugar de volver a sus tierras de uno en uno, se han tomado la venganza de su agravio tal, como veremos en los despuebles por sus hostilidades.

Sin embargo a fines de el año de 1753 empezaron a dor oídos al ofrecimiento de la paz, con que los brindó el gobernador Don Pablo de Arce y Arroyo viniendo a tratar en los ajustes sus embajadores y la 1ª condición que se pidió de su parte fueron las mujeres repartidas ya hasta Guatemala y otras remotísimas partes de esta América. La 2ª sus tierras el Populo y Angeles. 3ª El que se quitase de ahí el presidio poniéndolo otra vez en el Pitic, la 4ª que se les señalase por su ministro al Padre Nicolás las esperanzas que se podía por los apoderados de dicho señor gobernador, quien se hallaba actualmente en su visita de Perera. Y aunque a todas sus demandas se les daba y envió sus poderes a los padres Felipe Segasser y Nicolás

de Perera; pero como a la 1ª no se les pudo dar más seguro, sino lo que estaba en mano de dicho señor gobernador y era el que se harían las diligencias posibles para darles contento, no les agradó la promesa pues no ignoraban lo difícil el cumplirlas lo otorgado. Y el famoso Chepillo, convidado de el Padre Nicolás, se llegó una noche a la ventana del Padre en su misión de Acontzi, y hablándole su Reverencia al alma, sobre el mal que habían hecho y que finalmente se redujese, etc. Le respondió el dicho que conocía bien que se condenaba en aquella vida pero que no tenían remedio y replicándole el padre que sí, le dijo el indio: Padre no te canses, nosotros estamos hechos a vivir con mujeres, las nuestras no sabemos dónde están, si viven o se han muerto, y tú no querrás casarnos con otras, y con cualquiera que nos hallares, nos mandarás azotar no por nuestra culpa sino por la de aquel hombre. Y con estos se despidió bañándose en lágrimas el buen padre Nicolás a quien se lo oí referir en Ures por enero de 1754.

Al mismo tiempo que anduvieron en estas diligencias, se alborotaron de repente con el pretexto de que los Guaimas se habían echado sobre una ranchería de su nación y muerto a unos y a otros maltratados y si los españoles hacían esto mientras trataban de paz, qué seguridad podían ellos tener aun después de concluidas? Se les satisfizo que ni el Señor Gobernador ni otro español tenía culpa en aquello, y que los Guaimas, como tan distantes, no pudieron ser avisados a tiempo del tratado de paz, que se había entablado y que así no se ofendiesen de aquello, como de un acaso que no se pudo precaver.

Lo sumo, que se pudo conseguir de ellos por entonces, fué interinamente que se les cumpliese sus demandas, el que no cometerían más hostilidades; y esto lo guardaron, mientras gobernó dicho señor Arce; pero que había tomado el gobierno el difunto Señor Mendoza empezaron de nuevo a asolar la Provincia a sangre y fuego, verdad es que aun en tiempo del Señor Arce llevaban algún ganado y cabalgaduras; pero estaban seguras las vidas de sus dueños y aun

usaban de tal cual restitución dejando las bestias flacas y cansadas y tomando otras frescas, no por fuerza, sino al descuido de sus dueños con hurto galán y comedido respecto de lo que antes solían hacer.

El día de hoy, no obstante de haberseles muerto por nuestras armas así en la campaña de noviembre y diciembre, del año pasado de él y antes y después de ella, en varios reencuentros más de 40 gandules y cautivando entre mujeres y niños más de 70 andan tan soberbios que no han abrazado ningún partido que se les ha ofrecido. Quiera Dios bendecir las armas que se hallan sobre ellos, para que se consiga por un lado la paz y quietud tan deseada, como necesaria para no acabarse de arruinar del todo la provincia de Sonora, que ya está al caer, y poderse oponer con más vigor, unidas las pocas fuerzas que se han quedado al otro más crecido enemigo el Apache.

Pero antes que trate de propósito de éste, demos una hojeada al terreno en que se abruga y forja sus crueldades el Seri. Su principal abrigo es el famoso Cerro Prieto al poniente de San José de los Pimas 12 leguas y 12 casi al sur del Pític, de el mar como catorce leguas al oriente y de los boca de el Río Hiaqui al norte 30 leguas. Dicho cerro es un agregado de muchos cerros que hacen un conjunto de una fortaleza casi incontrastable con innumerables cortaduras que hizo naturaleza por medio de unos cajones o barrancas profundísimas que no se pueden pasar a caballo para dar alcance al enemigo, aunque éste vaya vencido, sin o por muchas vueltas y rodeos y entre tanto ya el Seri se halla remontado en alturas y picachos inexpugnables.

Los cajones más nombrados dejando otros de menos nombre son el de Cassapari, que mira para el oriente; el de Rodríguez, para nordeste; el Cajón Grande a nor-nordeste, el de la Palma, casi al norte; el de Cara Pintada al nor-ueste; el de Otates al uest-norueste; el de la No-

palera al poniente; el de las Abispas al ueste-sudueste; la Ciénega al sudueste. La cordillera que como un brazo de este cerro se extiende al sur hacia el pueblo de los Guaimas, tiene otras muchas cortaduras; y finalmente al sudueste está el paraje que en la campaña de 61 se llamó el Rincón de Marcos a causa de haberlo hallado aquí la tropa, después de haber buscado en vano por otra parte a éste jefe de rebeldes apóstatas. A más de este cerro, que de cuatro a cinco es su abrigo principal, solían guarnecerse en las sierras de Bacoatzi grande a 16 leguas en norte y poniente de la Villa de San Miguel en la de las Espuelas algunas leguas más adelante del mismo rumbo y en otras de éstas al poniente que hay por la costa, como la del Picu; pero como fueron echados de las dichas no tan intrincadas los años pasados con alguna pérdida a fuerza de las armas reales ya parece no se fían de estas guaridas. Otro estilo tienen así en su Isla del Tiburón, casi como 40 leguas al poniente de la hacienda del Pitic, y como una legua de la costa en el seno de Californias; como en la de San Juan Bautista a cerca de 9 leguas del Tiburón al sudueste y a más de dos leguas de tierra.

Al norte del Tiburón, está la ensenada de Tepoca en 29 grados 10 minutos de latitud, nombrado placer de perlas en años pasados. Por lo demás en toda esta costa desde la Bahía de Guaymas y el puerto de San Javier no se ha reconocido puerto alguno hasta el de Santa Clara en casi 33 grados de latitud, y aun de éste no estamos seguros por lo dudoso en que lo deja el Padre Kino en sus manuscritos.

Volviendo al Seri, nos falta que decir que la ponzoña con que apestan las puntas de sus flechas es la más activa que se ha conocido por acá; pues sino se acude luego a los remedios arriba dichos y otros aunque la herida sea sólo en el cutis, se hincha luego disformemente la parte lesa, cuya hinchazón va cundiendo por todo el cuerpo de

suerte que se abre la carne y se cae a pedazos y en 24 horas acaba con la vida del herido.

Su preparación según me refirió un vecino anciano, hombre de edad, el cual había visto su manipulación con ocasión de frecuentarse la pesca de perlas en el placer de Tepoca, cuando estaban de paz los Seris; la cual es ni más ni menos a la letra, con la que trae el Padre Gumilla tom. 2, Cap. 12, de la ponzoña, que en el Orinoco fabrican los indios caberres, con solas estas diferencias. La 1ª de que los Ceris hacen la prueba de su veneno con mayor cautela; pues sajado con un pedernal el muslo o brazo de algún mocetón de la cuadrilla, dejan primero correr la sangre para afuera de la herida y estando ya distante de ella la tocan con la punta de una flecha mojada del cocimiento fatal, si al arrimar dicha punta a la sangre, ésta al instante empieza a hervir y retrocede por hacia la herida ya está de punto y el que prestó la sangre a la prueba luego que advierte dicho efecto quita con la mano la sangre toda, para que no llegue a introducirse la muerte con ella a las venas.

La 2ª es, que no se ha podido averiguar cuáles sean a punto fijo los mortíferos materiales de esta pestilencial maniobra? y aunque se dicen muchas cosas, como que lo hacen de cabezas de víboras, irritadas, cortadas al tiempo que daban sus dientes en un pedazo de bofes, y de carne humana, ya medio podrida y de otras inmundicias con que no quiero provocar al asco de quien lo leyere; pues no es más que adivinar lo que no sabemos.

Sin duda su principal ingrediente será alguna raíz al modo de la que pinta el autor citado. La 3ª es, que a Dios gracias ésta no hace su efecto tan instantáneamente, si no deja lugar a los remedios que fuera de el de la cara matraca, ya mencionado, se han hallado algunos o a lo menos si éstos no aprovechasen para disponerse a bien morir. Y por otro título tenemos obligación de alabar la Pro-

videncio Divina; y es que o sea que éste secreto no quiera manifestarlo a sus aliados los Pimas, que andan con ellos; o porque alzando los indios auxiliares de las armas reales sus flechas como suelen para ahorrar las propias y tirándoselas hayan experimentado su actividad en su propio daño en estos dos, o tres años últimos, no se ha visto el estrago de su violencia.

Y ya que tocamos a sus confederados, es de saber que estos son Pimas Altos; que quedaron remontados desde su sublevación última de 1751, y como por las muertes y daños que hacían siempre fueron perseguidos así de las armas reales como de sus parientes ya reducidos a pueblos, se hicieron amigos de quien hasta aquel punto habían sido los enemigos más enconados; pues lo eran tanto estas dos naciones que parecía imposible que jamás se uniesen y así lo que no pudo la afición suplió la necesidad, porque ambos necesitaban de arrimo; pues aunque los Seris, salían casi siempre bien de sus empeños, con todo veían claramente que iban a menos, siendo raro el lance de guerras en que no perecían algunos, de mujeres tenían también alguna falta; y así gustosos recibieron a los Pimas forajidos, que ya en sus tierras no hallaban part esegura por compañeros de sus bárbaras ferocidades.

Estos padecieron más que los Seris en la campaña de el año pasado de 1761 (que el Señor Gobernador Don José Tienda de Cuervo determinó contra ellos en consejo de guerra a que junto todos los capitanes luego, que tomó el gobierno de estas provincias concurriendo a su costa con 1,000 pesos y a su ejemplo los cuatro capitanes, las misiones de los padres de la Compañía de Jesús dieron para provisión de boca unas 560 fanegas de pinole o harina de maíz tostado, que a cuatro pesos y es lo menos que vale son 2,240 pesos y con cerca de 220 quintales de carne seca, que a seis pesos hacen 1,320 pesos y por todo 3,560 pesos con que se costeó la campaña) porque la tropa descubrió primero su guarida que tenían en el cajón del Co-

sari del Cerro Prieto, que la de sus valedores los Seris; y así fueron más perseguidos, que éstos; aunque quizás no tanto como se pudiera con la esperanza que dieron al capitán comandante en un parlamento que le hicieron desde un picacho inaccesible, en que mintieron en cada palabra, que dijeron y me refirieron los que se hallaban presentes, soldados e indios auxiliares constándome tanto lo contrario a su tal declaración, mayormente tocante al motivo de su alzamiento, que sino huyera de la prolijidad pudiera refutar cada derecho con tanta evidencia de demostración y con testigos tan abonados, que aun viven que me asombre, que se les hubiese dado oído en cosa cuyo contrario era tan manifiesto.

Y no es de omitir el que los indios auxiliares se escandalizaron mucho con el dicho parlamento. Y ya sabemos cuán ingeniosa se hace la estupidez del indio para colorear sus delitos, a que parezcan inocencias las más sencillas y puras, cuando hallan credulidad que los escuche, por más facinerosos que sean, y cojidos con el corpus delicti entre manos. Pero no obstante de sus dichas pérdidas, conque oí decir se habían reducido a 70 los dichos Pimas oí al mismo tiempo haberse vuelto a engrosar notablemente con otros, que de nuevo se les vinieron de la Pimería Alta, quizás Papagos. Y si no se limpia del todo la tierra de estas dos cuadrillas unidas, Seris y Pimas, por pocos que queden nunca se conseguirá la paz, pues nunca faltan malos en los pueblos que para escapar la pena que temen, se pasarán a ellos, y será un seminario de ladrones y homicidas sin término ni fin.

IV.

DE LA NACION APACHE, ANTIGUO AZOTE DE SÓNORA.

Aunque el asiento de esta cruel nación, queda fuera de los límites arriba puestos de esta Provincia, tengo por con-

veniente, sin embargo, tratar de ella en éste lugar para dar a nuestros lectores las noticias que he adquirido y con ellas algunas luces con que se pueda discurrir más fácilmente sobre el remedio de los daños inestimables, que causa este enemigo en casi toda esta Provincia, y precaver su última ruina. Y para que se pueda hacer juicio prudencial de su número y fuerzas, pondré en primer lugar los confines de sus tierras acá conocidas en particular, por donde mira la apachería la Sonora, y Pimería Alta; pues hasta donde llegue hacia oriente y norte, no tengo noticias, de que poderme fiar.

Digo, pues, que desde el nuevo presidio del norte, por Xanos y Fronteras, hasta terrenate pasa de 100 leguas la frontera de sus tierras: desde Terrenate hasta donde se junta el Río de la Asunción con el Xila, cuyos dos brazos Verde y Salado, de que se compone, dice el Padre Jacobo Sadelmayr, nacen en unas Sierras de los apaches y bajan rumbo sudueste al Xila, lo cual indica, que aun llega a más altura que aquella de grados más latitud la apachería, con que damos su extensión norte sur de 150 leguas por lo menos, por donde linda hacia poniente con la Pimería. Y si son de esta misma nación los que infestan el nuevo México, la tienen todavía mucho mayor por sus términos, que miran hacia el oriente. Por lo menos no se puede dudar que los mismos que roban en Sonora, van cada año a la feria del Nuevo México, pues lo demuestran los hierros de las bestias, que de aquí llevan a aquel mercado.

Y véase aquí que terreno tan vasto ocupa esta bárbara nación que excede a la extensión de varios reinos de Europa. Pero con esto no quiero decir que los Apaches igualan al número de algunas de aquellas naciones: pues su modo de vivir es **toto colo** diferente; porque fuera de su bárbara crueldad, con que se hacen guerra una parcialidad de ellos a la otra y aún de una misma se matan unos a otros, de que se han hallado pruebas por nuestros soldados y he sabido yo por un inocentico que consigue de 5

a 6 años de que a su padre lo mataron dejándolo atado a un árbol, cuando levantaron la ranchería para irse a otro paraje, no tienen asiento fijo ninguna de sus muchas rancherías, sino es que las tengan muy tierra adentro, algo estables; las que se encuentran desde la Frontera de Sonora hasta el Xila, todas son andantes que hoy están en una parte, mañana en otra, conforme a las cosechas que se les ofrecen ya de Tunas, ya de Dátiles, ya de Mezcales, etc., a excepción de algunas partes del Xila y Río de San Francisco, como también en las vertientes de la sierra de la Florida y otras donde suelen sembrar sus maíces las mujeres porque buscar la comida y prevenirla y aun curtir los cueros de caballos, venados, etc., hacer sus coletos, calzones y zapatos de la gamuza, es tarea de ellas; pues los hombres estando en sus tierras no cuidan de otras cosas, sino de cazar y divertirse.

Todo su vestuario es de gamuza, como empecé a decir: el de los hombres consiste en unos coletos hasta más abajo de la cintura; o unos dos pares de gamuzas, que se amarran desde los hombros, como unas solapas y calzones, como también zapatos hechos a la medida de lo propio; y como desde chiquitos andan calzados, cría pie menor que los otros indios; por lo cual dejan huella muy conocida. El de las mujeres también de gamuza, se reduce a unos mantelitos muy cortos ajustados al cuello y llegan mal a cubrir los pechos; las enaguas de lo mismo, no llegan sino desde la cintura a las rodillas. Son tan buenas jinetes que brincan en un potro y sin más riendas que un cabrestillo sabe arrendarlo. No son idólatras, según los cautivos dicen.

No obstante su dispersión, se reconoce su muchedumbre en las entradas que han empezado a hacer de tres a cuatro años a esta parte, de 200 y de 300 y más apaches; sabiéndose al mismo tiempo que andaban haciendo estragos en la Pimería Alta en tropa, como de 200 hacia Janos, y otros por hacia Chihuahua haciendo daños has-

ta lo interior de la Nueva Vizcaya. Otros naturalmente quedan guardando a sus hijos y mujeres, y no nos adelantaremos a lo verosímil si los computamos por demás que mil familias. Y es ciertamente obra de la piedad de Dios Nuestro Señor el que no conozcan ellos mismos sus fuerzas para unir las contra nosotros, porque no hubiera lugar en toda la Provincia que se pudiera tener contra tanta fuerza y pudieran en menos de un año asolarla toda. Y es de temer, lleguen por fin a ejecutarlo, por lo que vemos ya han mudado de gobierno en sus expediciones, las que antes solían hacer al año dos o tres y sólo venían con la luna nueva, para con su luz creciente, mejor valerse a las maniobras nocturnas de los hurtos de bestias; después empezaron a recoger aun sin luna, a obscuras, cuando los dueños de bestias descuidaban de ellas, como seguros de que no andaban en tal tiempo los enemigos; y finalmente han mudado en el todo, su modo de guerra; entran cuando se les antoja con el mayor número que les es posible, para que se puedan hacer fuertes en alguna sierra de Sonora mientras descansan las bestias que han recogido y no tengan que temer a la retirada para sus tierras, como antes lo solían recibir el castigo de nuestras armas.

Estos son los enemigos que tienen pobre e inútil para el real servicio e intereses a ésta por sí riquísima Provincia, caídos los ánimos de sus habitantes por las muertes que se ven ejecutadas por toda ella al menor descuido; caída la minería y por consiguiente el comercio que nadie ignora, cuán considerables sumas se podrían derivar a las reales cajas, si castigado y humillado el enemigo, se gozara de paz y seguridad para su laborio y beneficio.

Archivo General de la Nación.
Ramo: Historia.
Vol. 16. Exp. 1.
Fojas: 1 a 75 vta.